





# LA AGRICULTURA

**L**AS GRANDES ZONAS SUJETAS A RIEGO y los vestigios de extensos campos de cultivo que se encuentran dentro del territorio que ocuparon los mochicas demuestran que aquellos milenarios pobladores de la costa del Perú agavillaron sus mejores energías en favor de la agricultura. Alcanzaron en ella un notable desarrollo, hasta trocársela en la mayor fuerza económica con que contaron, y aseguraron sólidamente su admirable desenvolvimiento.

Como veremos líneas adelante, los conocimientos agrícolas que poseyeron los mochicas estaban dentro de un plano netamente científico. Eran fruto de observaciones debidamente comprobadas y sistematizadas.

Frente a la dantesca aridez de la costa peruana, arenosa e improductiva en nueve décimas partes de su extensión, se vieron forzados a obtener el mayor provecho de los valles, para lo cual ensancharon día a día el área de sus tierras de cultivo a la vez que perfeccionaron sus métodos en esta vertiente de actividad. Es así como nacieron, primero, sus grandes obras de irrigación —una de las maravillas de las viejas civilizaciones que, a pesar de los siglos transcurridos, se parangonan con las mejores obras ejecutadas por la

ingeniería moderna—, y luego surge en ellos la necesidad de investigar la eficacia de los fertilizantes y de lograr una mejor aplicación de los riegos y selección de las semillas. En una palabra: hacen frente al más ahincado estudio para acrecentar los medios destinados a elevar la potencia productiva del suelo.

A pesar de que son abundantes los restos que poseemos de esta cultura, que se hallan concentrados en museos y colecciones particulares, son aún relativamente escasos los documentos que nos dan plena luz sobre cómo preparaban las tierras de labranza, los instrumentos que para ello utilizaban y sus usos y costumbres en este quehacer. Sólo contamos para nuestro estudio, en cuanto a los mecanismos del trabajo agrario, con el acopio de muchas puntas de cobre, que ofrecen un extremo afilado en forma de espátula, de cincel y demás, y el otro provisto de su correspondiente regatón cilíndrico para la inserción del mango, que era de madera. También contamos con los vestigios de campos de sembrío que rodeaban los antiguos monumentos, en los que se perfila aún, desafiando al tiempo, el perfecto trazo de los surcos en sus variadas formas; y con las representaciones plásticas y pictográficas de algunos frutos y plantas, realistas unos, estilizados otros.

Para una mejor comprensión de las enseñanzas que estos documentos ponen de relieve, hemos creído conveniente aunar nuestras observaciones y comprobaciones con lo que ocurre en el presente, y así poner en claro rasgos folclóricos de importancia

**Fig. No. 295.-** Implementos agrícolas de cobre. Nótese, en todos, los extremos destinados a la roturación de la tierra y los que corresponden al regatón cilíndrico.

Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSM-006-A01; XSM-006-A02; XSM-006-A03)



Fig. No. 296.- Otra serie de implementos agrícolas de cobre, que aún conservan la pátina de los siglos.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSM-006-C02; XSM-006-C03; XSM-006-B05)

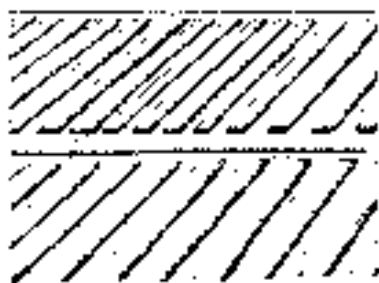


Fig. No. 297.- Disposición y forma de los surcos rectos.

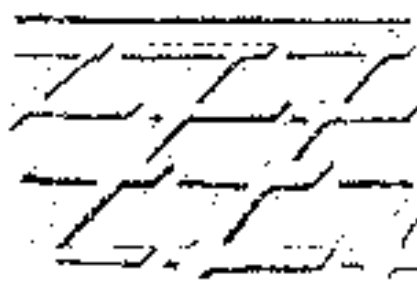


Fig. No. 298.- El sistema de regadío denominado de pozas o melgas.



Fig. No. 299.- Los originales surcos mochicas en forma de caracol.



Fig. No. 300.- Surcos en forma de caracol encontrados en las pampas de San José Alto, Valle de Chicama.



Fig. No. 301.- Una vista de los andenes o terrazas agrícolas en los cerros cercanos a la hacienda Tambo Real.

histórico-tradicional y que acusan nexos con la época que estudiamos.

Las puntas de cobre (Figs. Nos. 295 y 296) no son sino los prototípicos instrumentos que usaron los mochicas y que subsistieron hasta la época de los chimús, quienes los emplearon con mayor profusión, como se comprueba en sus tumbas, donde abundan de manera extraordinaria. Estas puntas de cobre se utilizaban a manera de arados individuales: bien acopladas, de un tamaño proporcional a su seguro y eficaz manejo, servían para roturar la tierra, trazar los surcos y abrir las acequias.

Es de suponer las inmensas dificultades que se debían vencer en las prácticas agrícolas con tan primitivos instrumentos; sin embargo, ellas se aminoraban ventajosamente gracias al concurso de una densa población que permitió emplear un gran número de brazos en las faenas. De otra manera, no se explica

la gran expansión agrícola que destaca en la cultura que nos ocupa, expansión que rebasó los llanos para alcanzar lugares altos, donde a veces se tenía que llevar la tierra labrantía.

Por los vestigios de los campos de cultivo que hemos hallado dentro del territorio mochica, llegamos al conocimiento de que en sus cultivos emplearon los surcos rectos (Fig. No. 297); los sistemas de melgas y cajones en los lugares planos (Fig. No. 298); los surcos de caracol (Figs. Nos. 299 y 300) y los terrados o andenes en los parajes quebrados (Fig. No. 301). A veces se combinaban los distintos tipos enunciados, como se observa en los campos cercanos al cerro de Chimbote, donde el terreno acusa pendiente. Vestigios de los primeros encontramos en los terrenos altos de Ascope, y de los otros en los campos próximos al pueblo de pescadores de Huanchaco y cerca al cerro de Chimbote y a la pampa de Chicama. Los surcos

de caracol que se encuentran en el sitio denominado El Pozo, hacia la laguna de Ascope, permiten apreciar claramente la importancia de estos originales sistemas agronómicos, cuyo empleo significó un mayor aprovechamiento de las aguas y evitó que se pierdan. Estos surcos se empleaban únicamente en sitios con una cierta pendiente y seguían determinada dirección de acuerdo con el nivel del terreno. Las melgas y cajones se utilizaban cuando había abundancia de agua. Hemos encontrado vestigios de surcos de caracol no solamente en los valles de Chicama y Santa Catalina, sino también en el fundo Santa Clara, ubicado en el valle de Santa. Hemos podido observar, así mismo, que en este último lugar empleaban surcos rectos en las laderas, los que se desprendían de los costados de la acequia que bordea los cerros. Posiblemente, este sistema se podía emplear contando con el auxilio de represas que permitían un riego uniforme y con una pequeña cantidad de agua, a fin de que este elemento tan erosivo no arrastrara la tierra fértil. Además, en el valle de Santa los mochicas emplearon el sistema de pozas, como no lo hicieron en los valles en los que contaban con abundante agua. Este procedimiento les permitió un mayor aprovechamiento del terreno. No debemos olvidar que el sistema de surcos era utilizado especialmente en los valles donde escaseaba este elemento. Por último, los sistemas de terrazas, andenes o escalones, como es lógico, debieron predominar en terrenos de notoria inclinación, en toda ladera y lugares escabrosos. Hemos encontrado este tipo de cultivo en unos cerros cercanos a la hacienda Buena Vista y en la hacienda Tambo Real. Para llevar el agua a estos lugares se valieron de ingeniosos sistemas de elevación de las mismas, aunque parece que el cultivo allí dependió exclusivamente de las aguas pluviales.

En tierras copiosas, los surcos eran trazados a distancias de 0,50 m a 0,60 m, y en las arenosas y abundantes en ripio y cascajo, a intervalos de 0,80 m a 1,10 m. Esta particularidad prueba el conocimiento que tenían de la distribución de las plantas en armonía con la feracidad del terreno (Figs. Nos. 302 y 303).

La manera naturalista de la representación de los productos alimenticios y la evidencia de su cantidad revelan en la agricultura mochica un esmerado sistema de cultivo. La forma idealizada de estos mismos frutos representa la vinculación de la agricultura a la fauna y al hombre. Las ilustraciones que acompañan a la presente

obra ayudarán al lector a formarse cabal idea del progreso agrícola mochica.

Como quiera que el agua pluvial de que disponían entonces no era suficiente para irrigar todos los terrenos, estudiaron la mejor forma de aprovecharlas científicamente, y entonces vemos cómo se imponen en algunos lugares los surcos de caracol que permiten utilizar íntegramente el agua, sin dejarla correr por la pendiente. Creemos que también acudían al mismo sistema de aprovechamiento que se ve en nuestros días entre los pobladores indígenas de Mórrope (en el departamento de Lambayeque), sistema original que revela la mejor manera de valerse del agua en sitios a donde no puede hacerse llegar naturalmente porque su situación topográfica lo impide.

Así, sembrada la planta, emplean lagenarias de gran tamaño y de cuello curvado, que se usan comúnmente para transportar agua y que reciben el nombre vulgar de “checos” o “calabazos”. Sobre el terreno ya preparado y que alberga la semilla, se colocan hileras de palos en forma de horcones, los cuales sirven para enganchar el cuello de las lagenarias. Llenos de agua, a estos enormes frutos se les practica un hueco en la base, que es “quilado” con un trozo de coronta o marlo de maíz, de suerte que deje escapar el agua a gotas y a pequeños intervalos. De esta manera se mantiene una relativa humedad en el terreno, que facilita la normal germinación de la semilla y el crecimiento uniforme de la planta hasta su maduración. El esfuerzo que este sistema demanda es grande, pero se concilia con el beneficio positivo que proporciona a la economía agrícola, la que acrecienta más y más su área de expansión.

En cuanto a las formas de sembrío que emplearon los mochicas, no nos parece que fueron diferentes de las que hoy usan tan diestramente muchos de los indígenas de las comunidades agrícolas. Las prácticas más simples de sembrío y de cultivo que se conservan acaso sí son las mismas de ayer, aunque se pueden anotar ligeras variaciones operadas por el tiempo transcurrido entre ambas épocas. El uso de las puntas de madera —con un extremo afilado y curvo el otro, para permitir mayor seguridad en su manejo— aún subsiste por la herencia ancestral. En muchos pueblos indígenas se sirven de este utensilio como auxiliar de sembrío; con él practican pequeños hoyos en el suelo, donde se colocan las semillas para ser cubiertas después con tierra que se empuja con el



Fig. No. 302.- Vestigios de antíguisimos surcos que se hallan cerca de los cerros de Ascope.

pie. Otro sencillo sistema de sembrío consiste en la preparación de surcos dentro de los cuales se arroja la semilla para cubrirla con la tierra de los camellones, que es igualmente movilizada con el pie. Lo mismo se hacía, indudablemente, antes.

De otro lado, es cierto que de acuerdo con la clase de plantas sembradas y la profundidad que requerían se empleaba tal o cual sistema, cuya mejor aplicación los condujo a un gran perfeccionamiento y a crear una verdadera ciencia de la agricultura.

Los vestigios de los canales de irrigación y de los campos de cultivo nos han permitido, además, calcular el área aproximada que se aprovechó en la época mochica. Es la siguiente:

Valles	Hectáreas	Fanegadas
Chicama	17.065	5.887
Santa Catalina	6.700	2.311
Virú	1.450	500
Chao y Huamanzaña	4.700	1.622
Santa	1.300	449
Santa Ana y Lacramarca	400	138
Nepeña	2.000	690
	33.615	11.597

Equivalen a trescientos treinta y seis kilómetros cuadrados y ciento cincuenta metros (336 km<sup>2</sup> 150 m), las 33.615 hectáreas y 11.397 fanegadas que arrojan los valles enumerados líneas arriba.



Fig. No. 303.- Fotografía de los surcos cortos y rectos cerca de la pampa de Chicama.

Los terrenos carentes de cultivo en los citados valles alcanzan una superficie de 5.126,92 km<sup>2</sup>, cantidad que sumada al total anterior nos da 5.463,67 km<sup>2</sup>, que comprende la extensión superficial del territorio habitado por los mochicas.

El folclore andino ofrece un baile original de sabor netamente agrícola, en el cual se conservan ciertas prácticas y costumbres ancestrales que –estamos convencidos– provienen de la época mochica. Ya más de una vez hemos probado el arraigo que en el espíritu indígena tiene todo cuanto fue objeto de veneración por sus antepasados, y el respeto que le inspira es ciertamente profundo. Este hecho ha traído como consecuencia la perduración de ritos y usos que se practican hoy, a pesar de la civilización occidental que predomina en la costa peruana. Este baile es el que ejecuta la mojiganga denominada Los Yungas. Toman parte en este conjunto hombres y mujeres intercalados y en igualdad de número. El cuerpo de danza se divide en dos subgrupos que reciben los nombres de Los Yungas y Los Aucas, que corresponden a dos tribus. Los Yungas ejecutan labores agrícolas en un conjunto escénico que da mayor relieve y color a su acción. Los hombres, provistos de largos bastones de filuda punta, van combinando el ritmo del baile con la introducción del instrumento en la tierra, siguiendo la dirección que indica el trazo de las acequias, cuya apertura precedía a los sembríos; luego, dentro del compás de la música, horadan con los bastones la tierra de trecho en trecho,



ayudándose con el pie derecho en señal de un gran esfuerzo en procura de mayor profundidad. Las mujeres que van detrás depositan flores a manera de semilla sobre la tierra que consideran removida por los instrumentos de labranza, y añaden a su acción la de sus pies, con los que simulan cubrir la simiente con tierra.

Una vez terminada esta ceremonia se supone ya crecida la plantación y se encomienda su cuidado a una pareja de ancianos de ambos sexos, mientras los yungas van de excursión fuera del lugar en busca de otras subsistencias. Al retornar comprueban que sus parcelas han sido destruidas por los aucas, al hallarlas taladas y despojadas de vegetación. Encolerizados por esta depredación se vuelven contra los viejos cuidadores, a quienes castigan duramente, para luego salir en persecución de sus enemigos. El baile termina con la simulación de una encarnizada lucha tribal, de la que siempre salen victoriosos los yungas, que de nuevo se dedican a sembrar sus tierras. En la forma anterior se va repitiendo la escena cuantas veces sea necesario, dentro de un campo adecuado como advertimos oportunamente, en el cual aparecen las plantaciones, el bohío de los cuidadores, y que ofrece además el espacio suficiente para el desarrollo de la coreografía y las representaciones complementarias.

La entraña de esta danza reproduce la forma como los antiguos peruanos labraban la tierra, su arte de la sembradura, los instrumentos que en tales faenas utilizaban, la cooperación de la mujer y las luchas tribales que se suscitaban. Su valor folclórico y documental es, pues, de primer orden.

La mojiganga de Los Yungas está muy generalizada en los pueblos norteños de los Andes y su representación coincide con la celebración de festividades religiosas por las que tanto apego muestra el indio del Perú.

Las ideas respecto de la influencia de la Luna en el crecimiento de los vegetales; la época en que debe cortarse la leña para que no se carcoma; la estación en que deben recogerse las cosechas, entre otras cosas, se ven unidas con toda fuerza a las costumbres de los nativos de estos lugares, posiblemente también herencias ancestrales. En la cerámica mochica vemos con frecuencia la representación de la Luna íntimamente ligada al dios felino –divinidad suprema de los mochicas– y éste a la agricultura. En este caso, dicho vínculo acusa gran trascendencia teogónica.

El ejemplar que aparece en la figura No. 304 de la colección del Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera constituye un valioso documento de escenografía plástica que habla bien a las claras de una íntima vinculación entre los astros y la agricultura. Los astros ejercían estrecha influencia en el crecimiento de las plantas, hecho que los mochicas no desconocían y que utilizaron en su progreso agrícola, a la vez que también divinizaron en su plástica.

En el huaco aludido aparece la divinidad suprema circundada de un hermoso arco lleno de estrellas, que simboliza la unión de los dominios terrestres y los celestes. La divinidad tiene en la mano derecha un arado en cuyo mango se ofrece magníficamente tallado un rostro de felino, mientras su mano izquierda aprisiona una planta de yuca. El conjunto en sí es rico en sugerencias y constituye el documento conocido más efectivo sobre la ligazón celeste y los destinos agrícolas, como la concebía la raza que estudiamos.

Dos hechos de esta antigua agricultura merecen especial mención: lo admirables que fueron las obras de regadío que en ella se emplearon –elocuentes testimonios de cultura– y la explotación del guano de las islas, poderoso fertilizante que utilizaron en abundancia y que por sí solo constituyó un elemento indispensable en el renglón económico y el fomento agrícola. Este importante abono orgánico que abunda en nuestras islas y en varios puntos del litoral, hoy en día sigue siendo todavía un gran factor en la economía peruana y un auxiliar primario de la agricultura de la nacionalidad.

Respecto de las obras de regadío, nos hemos de ocupar de ellas especialmente, en vista del gran interés que despiertan. En este pasaje del presente trabajo explicaremos cuanto concierne al empleo del guano y presentaremos los documentos que refuerzan nuestra tesis. Uno de los que prueba el grado a que llegó esta actividad es el que aparece en la figura No. 305.

Este ejemplar es uno de los exponentes de mayor importancia de la escenografía mochica. No sólo revela el provecho que se obtenía del guano, sino también el sentimiento de gratitud exteriorizado hacia las divinidades por ser las creadoras de tan poderoso auxiliar de la agricultura. En efecto, la base o plataforma, más o menos rectangular, representa la isla; en los cuatro costados, el artista, mediante manchas pictóricas, ha representado la muerte de las olas en la ribera. Sobre el plano de la isla se destacan una elevada roca y un alto adoratorio; desde la



Fig. No. 304.- Grupo plástico que representa a Ai Apaec, con los atributos de la agricultura y aureolado de estrellas.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (064-002-004)



Fig. No. 305.- Importantísimo modelo escenográfico que representa con visible realidad una isla guanera.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-167)



base de la roca hacia el borde lateral se desprenden tres corralitos o encerramientos, uno individual y dos colectivos, que tienen cercados cinco lobos marinos. Detrás del primer atajadizo individual se ubica una balsa de totora. Siguiendo la ringlera de los otros dos colectivos, hay dos balsas más, una tras otra, pegadas a las paredes exteriores. Encima de las paredes de los corrales descansan los instrumentos indispensables para manejar balsas, los mismos cuya apariencia hace suponer que fueron hechos de caña de Guayaquil. Los atajadizos tienen aberturas circulares que los comunican, hechas sin duda para el intercambio del agua que se llenaba en ellos y que se hicieron con el objeto de mantener vivos los animales hasta el momento del sacrificio. En la roca se observan nidos de aves guaneras, que aparecen vacíos unos y con huevos otros. Sobre los nidos que contienen huevos –colocados en la parte más alta– y hacia los lados, aparecen dos hombres empinados en actitud de quererlos coger. En el ejemplar que nos ocupa sólo han quedado los restos de las manos y de los pies. Estos hombres están completos en otro ejemplar que posee el Museo de Berlín.

El adoratorio está erigido a un costado de la roca y ocupa casi toda la extensión lateral de la isla. Se compone de un corral rectangular en cuya pared exterior transversal hay una abertura en forma de círculo, que es muy semejante a las que comunican los corralitos. Pegado de espaldas, en su parte media, hay un hombre sentado con una vasija en la mano izquierda, mientras la derecha descansa sobre la rodilla correspondiente. No puede precisarse el vestido que cubre su cuerpo, y apenas se vislumbra el tocado, que consiste en un gorro semicircular. Dentro del corral hay dos arpones, instrumentos que se empleaban, sin duda alguna, en las ceremonias de sacrificio y que por su índole eran sagrados. El límite de este recinto está fijado por los muros de un segundo piso o peldaño de menor área, levantado a regular altura, pues en su muro exterior se ha representado el camino para llegar hasta él por un canal inclinado. En este piso tenemos a los sacerdotes de ambos sexos que, con la unción debida, están rogando a los dioses. La sacerdotisa, que está al lado izquierdo, tiene las manos juntas y levanta la mirada hacia las divinidades. Su cuerpo está cubierto con una larga manta, cuyo extremo superior se adapta perfectamente a la cabeza y cae a manera de capa desde el borde de la frente. El sacerdote que está junto a ella sostiene en la mano izquierda una vasija, mientras la mano

derecha descansa igualmente sobre la pierna del mismo lado; la cabeza está ligeramente inclinada hacia la sacerdotisa, sobre quien tiene fija la mirada. Lleva la cabeza cubierta con un gorro esférico y un ligero cubrenuca. A ambos lados de la cara resaltan los grandes aretes que se usaban en esa época.

En la vasija se guardaba seguramente la sangre del animal sacrificado, que era ofrendada a los dioses en el momento oportuno. El hombre del que hablamos anteriormente, que está sentado frente al mar, tiene también en la vasija restos de esa sangre, que es arrojada al océano al mismo tiempo que el sacerdote hace la ofrenda a las divinidades con el contenido de su vasija. Ambos están sentados en igual posición y ostentan igual severidad ritual. De la actitud de los oferentes se deduce que el sacerdote era el único que tenía libre ingreso al recinto de los dioses; no de otro modo se explica que frente a él se halle instalada una pequeña escalinata que conduce al lugar sagrado.

El recinto de los dioses ocupa el tercer y último piso. Sus tres lados inaccesibles están rodeados de paredes de poca altura, sobre las que se elevan cuatro pilares que sostienen un techo inclinado. Pegadas a la pared transversal, que señala el fin de la construcción, se ve a las dos divinidades toscamente modeladas en el ejemplar. Sólo aparece clara la forma de los rostros, lo demás se reduce a una especie de cuerpos en los que no se notan ni los pies ni las manos. El suelo aparece ricamente cubierto de dos grandes alfombras, y le corresponde una a cada divinidad. El bordado representa líneas inclinadas o cuadros y puntas angulares en el borde que da frente a los sacerdotes. La mayor parte del techo y de los pilares no aparecen en el ejemplar, por haber sido destruidos, sin duda, en el momento de la extracción del ceramio. Detrás del adoratorio, y dando la espalda a los sacerdotes y con la cara hacia el mar, se ubica un personaje –deteriorado en el modelo– que creemos representa a un jefe guerrero, como aparece en el similar del Museo de Berlín. Su actitud es rígida y de alguna majestad. Viste un simple pañete a manera de trusa y lleva la cabeza cubierta con un turbante en forma de anillo que la rodea por completo; también exhibe grandes aretes distintivos. Lateralmente, en oposición a los corrales y pegados a la pared del adoratorio, tenemos dos lobos marinos más, recostados uno junto a la pared por la boca y el otro por el tercio posterior. Estos animales, por carecer de las seguridades a

que están sujetos los demás, representan sin duda a los ya sacrificados. De ello se deduce que la inmólación se reducía solamente a ofrendar la sangre y algunos órganos vitales, como el corazón o hígado de la víctima.

En cada una de las balsas se observan atados, el uno contiguo al otro, ajustados por cuerdas representadas por grabados, cuya técnica de enlramiento es distinta de todas: ya sea que las cuerdas se cortan formando cuadros, o bien cocos. Dentro de estos atados no es posible suponer que haya peces –los representaban en otra forma– sino guano destinado a los campos de cultivo. Antes de partir hacia la ribera se celebraban las ceremonias del sacrificio, en las que se daban infinitas gracias a las divinidades que alentaban la producción alimentando a las aves creadoras.

Este curioso e importante modelo escenográfico proyecta, pues, amplia luz sobre la explotación del guano y los ritos que surgieron en el alma del poblador mochica hacia tan privilegiado auxiliar de la vida agrícola.

Otro de los documentos que nos prueba esta actividad es la perfecta representación de los frutos en los huacos. Todos magníficamente formados demuestran que a la planta no le ha faltado nada durante su desarrollo; que ha estado cuidadosamente atendida no sólo en el riego sino en el fertilizante, elemento primordial de su vida y que es el único que favorece su desarrollo normal.

Dentro de la cerámica se ha comprobado también que la lechuza tuvo íntima relación con la vida agrícola, acaso porque ésta representa un elemento utilísimo para el campesino, pues destruye a los roedores de monte, que constituyen temibles plagas en los sembrados. En la figura No. 306 aparece una lechuza con su instrumento de siembra y su bolsa de semillas, ejemplar que nos ha sugerido la interpretación antedicha a la par que otras tradiciones.

Las faenas agrícolas en aquella lejana época fueron rudimentarias y laboriosas. Sin embargo, no se careció de gran ingenio, como se comprueba en el interesante vaso que aparece en la figura No. 311, y que es de índole exclusivamente mitológica. Por dicho espécimen hemos llegado al conocimiento de la forma como se desgranaba el maíz.

En primer lugar, se disponía de un recipiente parecido a una batea cuyo fondo estaba horadado por numerosos huecos a manera de arnero. Se colocaba este aparato ligeramente levantado del suelo y se depositaban en él las mazorcas cosechadas. El individuo encargado de la

faena de desgranar se introducía en el receptáculo, y golpeando con los pies las mazorcas que se rozaban entre sí y con las paredes posiblemente rugosas de la batea, lograba que los granos desprendidos de los espigones que quedaban al fondo del aparato salieran al exterior por los huecos. En el ejemplar que presentamos se ve con precisión las mazorcas dentro del recipiente y las semillas fuera. El encargado de la labor en esta escena es la divinidad, que, como llevamos dicho antes, mantiene estrecha ligazón con la agricultura (Fig. No. 307), propulsora de la vida y de la prosperidad de los pueblos. El recipiente de la figura No. 308 ilustra mejor, dada su estructura, esta fase de la agricultura mochica.

Entre los objetos de cobre que se han hallado, hemos podido también identificar utensilios de uso agrícola: unas pequeñas puntas con un extremo plano a manera de cuchillo y el otro más o menos cilíndrico y provisto de un ojal. Entre los objetos de hueso, se han hallado otros instrumentos de idéntica forma a los que se conocen como “cachitos”, que se emplean actualmente tanto en la costa como en la región de los Andes para la labor de librar las mazorcas de maíz de su perfolia. Es indudable, pues, que tales utensilios tenían la misma aplicación que hoy, y que los actuales derivan de aquéllos.

Existen representaciones en las que aparecen unos zorros antropomorfizados, que se ocupan de extraer de un cúmulo de arena los granos de pallares que servían como signos ideográficos en la lengua de los mochicas. A más del valioso aporte que ofrece esta pictografía a la solución del problema de la escritura, nos auxilia también poderosamente en la tarea de desentrañar las fases y matrices de su vida agrícola. Mediante ésta es que podemos descubrir que los mochicas conocían ampliamente el método del encolcamiento de los granos. Dicho método está generalizado en nuestros días en todo el litoral peruano, pues tiende a evitar que los cereales sean destruidos por el gorgojo y demás coleópteros que constituyen verdaderas plagas.

Con el poderoso auxilio de la alfarería y otros documentos etnológicos, hemos llegado a identificar las plantas conocidas y cultivadas por el mochica. Siguiendo un riguroso orden científico, insertamos una relación de éstas en el cuadro adjunto.

En tumbas pertenecientes al último período chimú, hemos encontrado varios ejemplares de maíz morado (Fig. No. 309), en mazorcas pequeñas de granos muy



Fig. No. 306.- Lechuza antropomorfizada en actitud de sembrar.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (082-004-010)



Fig. No. 307.- El creador de los mochicas desgrana las mazorcas del maíz, valiéndose de los métodos de aquella época.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (074-005-006)